

## Desigualdad y desempleo en la Europa contemporánea

Amartya SEN \*

**E**l filósofo y pedagogo John Dewey afirmó que los problemas de decisión graves suponen cierta «lucha interna». Según Dewey, esa lucha «no se libra entre algo claramente bueno y algo que nos atrae aun sabiendo que es malo, sino entre valores que son sin duda buenos cada uno en su lugar, pero que han entrado en colisión» (Dewey y Tufts, 1932, pág. 175). Si un dilema privado es una lucha interna del individuo, un dilema social es una lucha entre diferentes valores, cada uno de los cuales merece atención pública y puede ganarse razonablemente nuestro respeto y fidelidad. La tensión se plasma en exigencias divergentes a la sociedad: hay principios varios que solicitan justificadamente nuestro aliento, pero que se oponen entre sí de tal manera que no podemos dar satisfacción a todos.

La desigualdad económica y social plantea muchas disyuntivas de esta clase. El conflicto que ha recibido más atención es el que enfrenta consideraciones agregativas y distributivas. Las fuertes desigualdades económicas o sociales no gustan a nadie, y en opinión de muchos la desigualdad grave es simplemente intolerable. Sin embargo, en muchas circunstancias los intentos de erradicar la desigualdad pueden perjudicar a la mayoría, o incluso a todos. Este tipo de conflicto surge en formas moderadas o severas según los casos.

Esa cuestión en particular ha sido bastante tratada por los estudiosos, y con razón, ya que se trata de un problema importante. Se han sugerido muchas fórmulas de compromiso para evaluar los avances sociales teniendo en cuenta, a la vez, consideraciones agregativas y distributivas. Un buen ejemplo es el concepto de Tony Atkinson de «ingreso distribuido igualitariamente», que ajusta el ingreso agregado reduciéndolo según el grado de desigualdad de su reparto, y en el cual la «transacción» entre preocupaciones agregativas y distributivas depende de un parámetro que escogemos según

---

\* Profesor de economía y filosofía y titular de la cátedra «Lamont University» de la Universidad de Harvard. El presente artículo es una versión ligeramente abreviada y modificada de un documento presentado en la conferencia sobre «La Europa Social» celebrada por la Fundación Calouste Gulbenkian de Lisboa del 5 al 7 de mayo de 1997. Se publica por amable autorización de dicha fundación.

nuestro juicio ético (Atkinson, 1970 y 1983; véanse también Kolm, 1969; Sen, 1973; y el anexo de Foster y Sen en Sen, 1997a). No obstante, y a pesar de su importancia, ese conflicto no constituye el tema del presente artículo, dado que en este momento sus principales aspectos son ya conocidos y han sido bien captados en la bibliografía y en los debates programáticos.

Aquí vamos a considerar otro tipo de conflicto, una clase distinta de «lucha interna»: la que se establece entre las diferentes variables que permiten calibrar la desigualdad. La desigualdad de ingresos puede diferir sustancialmente de la desigualdad en otros «ámbitos», es decir, medida con otras variables pertinentes tales como el bienestar, la libertad y diversos aspectos de la calidad de vida, incluidas la salud y la longevidad. Podemos interesarnos por la desigualdad existente con arreglo a cada una de esas variables, pero sus escalas de valoración pueden chocar entre sí, y las consecuencias que entrañan para la acción pública también pueden diferir significativamente. Por ello cabe afirmar que la cuestión central para el estudio de la desigualdad no es tanto el valor de la igualdad en abstracto como la pregunta: «¿Igualdad en qué?» (como se argumenta en Sen, 1980 y 1992).

Una persona con ingresos elevados y privada de participación política no es pobre en el sentido habitual, pero carece de una libertad importante. Aquel que siendo más rico que la mayoría padezca una dolencia muy cara de tratar sufrirá claramente una privación importante, aunque no aparezca clasificado como pobre en las estadísticas usuales de distribución de la renta. La persona que no consigue trabajo, pero a la que el Estado ayuda mediante una prestación por desempleo, estará quizá mejor situada en el ámbito de los ingresos que en lo que se refiere a la deseable, y deseada, posibilidad de realizarse ejerciendo una ocupación. Como ha demostrado el estudio de los desempleados belgas llevado a cabo por Schokkaert y Van Ootegem (1990), las personas sin trabajo se sienten a menudo desvalidas por la falta de libertad que condiciona su vida, lo cual va mucho más allá de la escasez de ingresos. Hay aún otras privaciones de diversa índole que aconsejan extender el campo de observación fuera de los límites de la pobreza pecuniaria.

Lo importante que debemos señalar aquí no es sólo la necesidad de ir más allá de la pobreza de ingresos, sino el desajuste entre las distintas desigualdades juzgadas en diferentes ámbitos. Por ejemplo, la desigualdad de ingresos puede diferir sustancialmente de la desigualdad en materia de libertades políticas, y la desigualdad en el terreno de la salud no tiene por qué coincidir con una ni otra. Tenemos razón en dar importancia a cada una de ellas. Este tipo de conflicto no se plantea entre consideraciones agregativas y distributivas, sino entre los distintos ámbitos en los que se miden tanto los logros como las desigualdades globales. La elección del «ámbito de evaluación» es en extremo importante para los juicios normativos y puede resultar muy pertinente para las decisiones programáticas (asunto tratado en Sen, 1992).

## Los diferentes ámbitos de desigualdad

Hay tres razones para prestar atención a esta clase de «lucha interna». La primera es que en los escritos tanto académicos como políticos se ha soslayado a menudo el conflicto entre las desigualdades de distinto ámbito. En efecto, si uno dice estar trabajando sobre cuestiones de desigualdad económica, se da por hecho que lo que estudia es la distribución de la riqueza<sup>1</sup>. Al limitar de esa forma la reflexión acerca de la desigualdad económica se pasa por alto lo mucho que la economía tiene que decir a propósito de otros factores que también influyen en el bienestar, la libertad o la calidad de vida de las personas.

En segundo lugar, ese contraste puede ser muy importante para las decisiones de la política europea. Entre otras cosas, el desempleo existente en Europa hace que la perspectiva de la distribución de la riqueza resulte bastante limitada, porque el desempleo ocasiona, a su vez, muchas otras privaciones. La pérdida de ingresos que acarrea puede compensarse en buena medida, por lo que hace a la *persona* afectada, mediante subsidios y otras formas de ayuda pecuniaria (aunque, para la sociedad, esas indemnizaciones supongan considerables gastos públicos y, posiblemente, reduzcan los estímulos al trabajo). En lo que se refiere a *distribución de los ingresos*, una cantidad percibida mediante transferencia de fondos públicos viene a ser lo mismo que la que se obtiene gracias a un empleo. Pero el desempleo encierra muchas otras consecuencias graves, incluso para el individuo (de lo cual hablaremos más adelante), y la identificación de desigualdad económica con desigualdad de ingresos no hace sino empobrecer la comprensión y el estudio de la primera.

Habida cuenta de la escala masiva del desempleo en las economías europeas actuales, circunscribir la atención a la desigualdad de ingresos puede resultar particularmente engañoso. De hecho, se podría afirmar que en estos momentos los enormes niveles de desempleo que padece Europa constituyen por sí mismos un problema de desigualdad no menos importante que el del reparto de la renta. Más adelante volveremos sobre esta cuestión.

## Desigualdad en materia sanitaria

La importante cuestión de la atención sanitaria y los seguros de enfermedad también nos lleva más allá de la desigualdad de ingresos. Incluso cuando ambas cosas van de la mano, la desigualdad en materia de salud plantea problemas de tipo muy dispar a la desigualdad de ingresos. Por ejemplo, en la Rusia posterior a la reforma se ha registrado un fuerte aumento de la *desigualdad de ingresos* (acompañado de una disminución de los ingresos medios) y, al mismo tiempo, un fuerte aumento de la *desigualdad en materia de salud*

---

<sup>1</sup> Por ejemplo, cuando hace algunos años me invitaron a pronunciar una conferencia en cierta universidad vi que el título escogido por mí, «La desigualdad económica» (*Economic Inequality*), lo habían cambiado por el de «La desigualdad de ingresos» (*Income Inequality*). Cuando pregunté la razón se me respondió: «¿No es lo mismo?».

(acompañado de una disminución de la longevidad media). Esos hechos no son mutuamente independientes, pero su vinculación no es tan estrecha que autorice a considerarlos como dos aspectos de un mismo problema.

La crisis que Rusia atraviesa en materia de salud se traduce en el colapso de los sistemas hospitalarios y los servicios médicos, a lo cual se unen la depresión psicológica y el alcoholismo. Incluso cuando en ese país se recupere la economía, aumenten los ingresos medios y disminuya la desigualdad en ese aspecto, muchos de los antecedentes causales de la elevada morbilidad y mortalidad persistirán como resultado de la crisis del sistema sanitario. El hecho de que la esperanza de vida al nacer de los hombres rusos (ahora reducida a 57 años) sea sustancialmente inferior a la de, por ejemplo, los hombres indios (61 años) no se debe en primer lugar a la pobreza material, pues los rusos siguen siendo bastante más ricos que los indios. La explicación reside en la esfera organizativa, y requiere mirar más allá de lo pecuniario (véase sobre esto Drèze y Sen, 1989).

La desigualdad en Europa no puede estudiarse cabalmente por las estadísticas de distribución de la riqueza, aunque éstas son importantes. En un momento en que las pautas del gasto público en sanidad, educación y otros sectores están siendo objeto de un serio reexamen (a la vez que se revisa la justificación de transferencias en efectivo tales como pensiones y subsidios), es preciso tener muy presente la importancia de las consideraciones distributivas y agregativas en ámbitos que no son el de los ingresos. Esas consideraciones deben figurar de forma más explícita en los debates públicos europeos sobre la desigualdad, que han tendido a centrarse sobre todo en las estadísticas de distribución de la riqueza.

## Diferencias políticas

La cuestión del debate político lleva a pensar en otro tipo de desigualdad: el de la participación política. Se trata, por supuesto, de uno de los derechos fundamentales de las personas que viven en una democracia, y el punto de vista de la «elección social» anima a plantear algunos interrogantes básicos acerca de la igualdad o desigualdad imperantes en esa esfera. Los obstáculos a la participación no sólo son injustos en sí, sino que además pueden tener consecuencias de gran alcance sobre otras desigualdades de diversa índole que pueden verse influidas por la actuación de los poderes públicos y por el proceso político (véase a este respecto Sen, 1995).

El grado de participación varía entre los distintos grupos sociales y culturales, pero a eso se suma una anomalía peculiar en gran parte de Europa, consistente en que los inmigrantes legalmente establecidos carecen del derecho de voto debido a las dificultades y demoras que retrasan la adquisición de la ciudadanía, lo cual los excluye sistemáticamente del proceso político. Ello no sólo reduce la libertad política de los inmigrantes establecidos (por ejemplo en un país como Alemania, donde la adquisición de la ciudadanía es muy difícil incluso para los residentes legales de larga data), sino que hace mucho más ardua su integración social.

En gran medida gracias a un accidente histórico, el Reino Unido ha podido ahorrarse ese problema, ya que allí el derecho de voto continúa dependiendo de conexiones de origen imperial, y no de la nacionalidad británica: todo ciudadano de la Commonwealth adquiere el derecho de voto en el país al obtener el permiso de residencia. Habida cuenta de que la mayoría de los inmigrantes de color procedían de países de la Commonwealth (como la India, el Pakistán, Bangladesh, Jamaica, Nigeria, Kenya, Uganda, etc.), han tenido derecho a participar en la vida política británica nada más establecerse de manera permanente. Los partidos políticos han visto, por ende, la necesidad de granjearse el voto de los inmigrantes, y ello ha servido claramente de freno a los intentos de hacer una política racista.

Esta es sin duda una de las razones de que el Reino Unido haya podido evitar en gran medida el extremismo racista que se ha dado, por ejemplo, en Alemania a pesar de los esfuerzos denodados de muchos dirigentes políticos clarividentes y ciudadanos comprometidos. El aliciente político de buscar el apoyo de las comunidades de inmigrantes, en vez de escogerlas como blanco de ataque, ha constituido un factor de cierta importancia tanto para la libertad política como para la integración social de los inmigrantes. La posición francesa al respecto se sitúa entre la británica y la alemana. Vale la pena preguntarse si facilitando la adquisición de sus derechos políticos se conseguiría que las comunidades inmigrantes de Alemania y Francia sufrieran menos los ataques sistemáticos de signo electoralista.

Es difícil hacer conjeturas sobre ese tema mientras no se estudie más a fondo, pero si lo mencionamos es para poner de relieve cuán diversas pueden ser las manifestaciones de la desigualdad en el sentido amplio de la palabra, en comparación con el concepto estrecho de la distribución de los ingresos. Si realmente nos interesa la desigualdad efectiva, tendremos que atender a las diferencias de posición política y social, y otras disparidades de las que la distribución de la riqueza conforma sólo una parte.

## Contrastes entre Europa y los Estados Unidos

El tercer motivo por el que conviene distinguir «los ámbitos de evaluación» es la posibilidad de extraer enseñanzas del análisis comparado de la desigualdad en los Estados Unidos y en Europa occidental. Un enfoque exclusivo en la desigualdad de ingresos tiende a dar la impresión de que Europa occidental ha ido muy por delante de los Estados Unidos en cuanto a reducir la desigualdad y evitar su agravamiento en materia de renta por habitante. Es cierto que, en este terreno, Europa presenta mejores resultados, tanto en lo que se refiere a los niveles de disparidad como a sus tendencias, según revela la cuidadosa investigación reflejada en el estudio de la OCDE *Income distribution in OECD countries*, preparado por Tony Atkinson, Lee Rainwater y Timothy Smeeding (OCDE, 1996). Medida por los baremos habituales, la desigualdad de ingresos en los Estados Unidos no sólo es superior a la que normalmente se encuentra en el lado europeo del Atlántico, sino que además ha aumentado allí como en casi ningún país de Europa occidental.

Ahora bien, si apartamos nuestra mirada de los ingresos para dirigirla al desempleo, el panorama será muy diferente. El desempleo ha aumentado espectacularmente en gran parte de Europa occidental, según una tendencia que no tiene parangón en los Estados Unidos. Por ejemplo, en el período 1965-1973 la tasa de desempleo estadounidense fue del 4,5 por ciento, mientras que en Italia fue del 5,8 por ciento, en Francia del 2,3 por ciento y en Alemania occidental del 1 por ciento. En la actualidad, esos tres países europeos – Italia, Francia y Alemania – registran tasas de desempleo en torno al 12 por ciento, mientras que en los Estados Unidos se está aún por debajo del 5 por ciento. Si el desempleo arruina vidas, debe tenerse en cuenta de algún modo al analizar la desigualdad económica. La comparación de las tendencias en materia de desigualdad de ingresos proporciona a Europa un motivo para la autocomplacencia (oportunidad que muy a menudo se aprovecha en discusiones algo provincianas), pero esa satisfacción puede verse seriamente amenazada si se adopta un punto de vista más amplio sobre la desigualdad.

El contraste entre Europa occidental y los Estados Unidos suscita otra cuestión interesante y, en ciertos aspectos, más general. La ética social norteamericana autoriza a ser muy poco solidario con los indigentes y los pobres, lo que un europeo occidental típico, que haya crecido bajo un Estado benefactor, acepta difícilmente. Sin embargo, esa misma ética social norteamericana consideraría intolerables los niveles de desempleo de dos dígitos que son comunes en Europa. Europa viene aceptando el desempleo – y su aumento – con notable tranquilidad. Este contraste encierra una diferencia de actitud ante las responsabilidades sociales e individuales, cuestión que sería bueno comentar.

## El desempleo y su importancia

Existen otras tres cuestiones relacionadas concretamente con el desempleo, que es el problema fundamental para algunos de los países más prósperos de Europa. En primer lugar hemos de preguntarnos qué es exactamente lo peor del desempleo y por qué hace la vida tan penosa, aparte de su asociación con un nivel bajo de ingresos. En segundo lugar, el contraste entre Europa y los Estados Unidos a que hemos hecho referencia, ¿qué relación guarda con sus respectivas «filosofías sociales»? ¿Cómo se corresponden esas diferencias de actitud con los distintos puntos de vista sobre la responsabilidad individual y el apoyo social? En tercer lugar, ¿qué utilidad pueden tener esos planteamientos contrapuestos para las necesidades de la política social de Europa en la actualidad? ¿Qué ventajas e inconvenientes entrañan esos enfoques divergentes de la responsabilidad social e individual?

La falta de puestos de trabajo que hoy aflige a Europa causa perjuicios muy diversos, que es preciso deslindar. Para la colectividad, los desembolsos públicos en prestaciones por desempleo constituyen una de las mayores cargas que soportan las economías europeas. Pero incluso a escala individual, los daños del desempleo para quien lo sufre pueden ser mucho más graves de

lo que se refleja en las estadísticas de distribución de la riqueza. El análisis siguiente se basa en Sen, 1997b.

Ni que decir tiene que los diferentes problemas están interrelacionados, aunque cada uno encierre su propia significación y sea preciso definirlos por separado. Sus efectos negativos se suman, y tanto aislada como conjuntamente contribuyen a socavar y quebrantar la vida personal y colectiva. Distinguir las diferentes formas en que la falta de trabajo causa problemas no sólo es importante para entender mejor la naturaleza y efectos del desempleo, sino también para idear planes capaces de hacerle frente.

¿Cuáles son, pues, los daños que causa el desempleo masivo, aparte de un nivel bajo de ingresos? La lista tendría que incluir por lo menos las diez consideraciones que se señalan a continuación.

1. *Pérdida de producción y carga para el erario público.* El desempleo entraña un despilfarro de la capacidad productiva, ya que por su culpa no se realiza una parte del potencial de producción del país. Esto es tan evidente que no requiere mayor explicación (véanse, sin embargo, Okun, 1962, y Gordon, 1984). Pero conviene subrayar que hay que tener en cuenta no sólo la pérdida de ingresos de los desempleados, sino también las consecuencias que tiene para los demás un menor volumen de producción agregada. En efecto, si los desempleados y sus familias deben ser sostenidos por el Estado, los recursos que se les transfieran habrán de ser detraídos de un menor producto total. De ese modo el desempleo aminora también la riqueza del resto de la población de dos maneras distintas que se refuerzan mutuamente: reduciendo el producto nacional y acrecentando la parte del mismo que ha de destinarse a transferencias de ingresos.

2. *Pérdida de libertad y exclusión social.* Considerando la pobreza desde un punto de vista más general, entre las privaciones de los desempleados figura la falta de libertad, que va mucho más allá de la disminución de sus ingresos. Una persona que no logra salir del desempleo, aunque reciba el apoyo material de la seguridad social, no tiene mucha libertad de decisión. Estudios sobre las actitudes, por ejemplo el de Schokkaert y Van Ootegem (1990) referente a los desempleados belgas, han revelado hasta qué punto muchos desempleados sienten esa pérdida de libertad como una privación fundamental.

El reciente interés por la idea de «exclusión social» ha contribuido a destacar la falta de libertad de las personas desfavorecidas para valerse de oportunidades que a otros les resulta fácil aprovechar. El desempleo puede ser un importante factor de exclusión social. Suele repercutir en las oportunidades económicas, por ejemplo los seguros que disfrutan únicamente las personas ocupadas, en las prestaciones médicas y de jubilación, así como en la propia vida del afectado cuando lo margina de muchas actividades colectivas.

3. *Deterioro y pérdida a largo plazo de las aptitudes profesionales.* Del mismo modo que «se aprende trabajando», también «se desaprende» cuando no se practica por falta de trabajo: las aptitudes se reducen por falta de uso. Además, el desempleo puede originar una merma de la capacidad cognosciti-

va si la persona desempleada pierde confianza y seguridad. La relación entre motivación (moral de trabajo) y competencia (aptitud) no es fácil de cuantificar, pero estudios empíricos (por ejemplo Lefcourt (1967) y Lefcourt, Gronnerud y McDonald (1973)) han revelado que ese efecto puede llegar a ser muy fuerte.

4. *Daños psicológicos.* El desempleo puede trastornar la vida de los desempleados y provocar intensos sufrimientos psíquicos. Estudios empíricos como los de Jahoda, Lazarsfeld y Zeisel (1933), Eisenberg y Lazarsfeld (1938), Bakke (1940a, 1940b) y Hill (1977) han puesto de manifiesto lo grave que puede ser este efecto. Así, un nivel elevado de desempleo suele relacionarse incluso con tasas altas de suicidio, lo que constituye un indicador de que la experiencia resulta insoportable para las víctimas (véanse, por ejemplo, Boor, 1980 y Platt, 1984). Las consecuencias de un desempleo prolongado pueden ser desmoralizadoras en extremo (véase, por ejemplo, Harrison, 1976). Recientemente, Robert Solow (1995) ha analizado de forma esclarecedora – y conmovedora – la relación que existe entre el sufrimiento psíquico y la falta de motivación.

Claro está que los desempleados también sufren por las penalidades económicas que su situación comporta, aunque la intensidad de ese sufrimiento se ha reducido considerablemente desde los aciagos tiempos del decenio de 1930, gracias a las prestaciones por desempleo y otras formas de apoyo social. Si la penuria de ingresos fuera el único origen del sufrimiento que acompaña al desempleo, cabría afirmar (como hacen algunos comentaristas europeos) que éste ha dejado de ser un grave mal gracias al amparo generoso del Estado. Hay quien sugiere, incluso, que desde ese punto de vista los pobres norteamericanos que trabajan duramente en puestos mal pagados pueden tener más motivos de sufrimiento que los desempleados europeos «liberalmente atendidos por el Estado».

Esta tesis no sólo parece una cómoda excusa para no buscar remedio al desempleo, sino que en general resulta poco convincente, por la presunción simplista de que es posible efectuar grandes transferencias de ingresos de esta clase con un costo relativamente bajo, y prolongarlas por tiempo indefinido sin perjuicio para la economía. Ciñéndonos al presente contexto, resulta poco convincente como respuesta a la cuestión del «daño psicológico», porque el sufrimiento causado no se debe sólo a la escasez de ingresos sino también a otras privaciones, entre ellas la pérdida de la propia estima y el abatimiento que produce verse dependiente y sentirse inútil e improductivo<sup>2</sup>.

El desempleo puede ser especialmente dañino, y a la larga conducir a la pérdida de la estima propia en los jóvenes que han perdido su empleo y en los que aspiran a trabajar, sin conseguirlo, al finalizar sus estudios (véanse, por ejemplo, Gurney, 1980; Ellwood, 1982; Tiggemann y Winefield, 1984, y Winefield, Tiggemann y Goldney, 1988). Hay serios indicios, según estudios

---

<sup>2</sup> Marx ya desarrolló ampliamente (1844, 1845-1846, 1875) el tema de que el papel del trabajo en la vida humana no se reduce a obtener unos ingresos.

norteamericanos (por ejemplo los de Goldsmith, Veum y Darity, 1996a y 1996b), de que este efecto perjudicial es sobremanera grave para las mujeres jóvenes (véase también Corcoran, 1982); convendría indagar si sucede lo mismo en Europa. El desempleo juvenil constituye un problema cada vez más acuciante para Europa, donde la falta de trabajo afecta ahora principalmente a los jóvenes, sean hombres o mujeres.

5. *Mala salud y mortalidad.* El desempleo también puede conducir a enfermedades clínicamente identificables y a tasas más elevadas de mortalidad (no sólo debidas al aumento de los suicidios). Hasta cierto punto esto puede ser consecuencia de la pérdida de ingresos y medios materiales, pero también tienen parte en ello el abatimiento, la pérdida de la estima propia y la falta de motivación que nacen del desempleo persistente (véanse, por ejemplo, Seligman, 1975; Smith, 1987; y Warr, 1987).

6. *Pérdida de la motivación y apartamiento indefinido del trabajo.* El desaliento provocado por el desempleo puede debilitar la motivación e inducir al desempleado de larga data a la resignación y la pasividad. Algunos autores han sugerido lo contrario, esto es, que la necesidad de superar su problema puede hacer que los desempleados reaccionen con más viveza (por ejemplo, según la teoría de la «reactancia» esbozada por Brehm en 1966). Sin embargo, está bien comprobado que el efecto más corriente, sobre todo en los casos de desempleo de larga duración, es el desaliento y la apatía. Y la persona descorazonada corre el riesgo de quedarse sin empleo indefinidamente, de perderlo si lo consigue y de verse cada vez más pobre, como han puesto de relieve las investigaciones de Darity y Goldsmith (1993).

El desaliento que se produce cuando hay una escasez aguda de puestos de trabajo puede ser muy perjudicial para la búsqueda de un empleo. Basándose en su estudio precursor sobre el desempleo en las minas de carbón de Gales en el decenio de 1930, Eli Ginzberg señaló que «la capacidad y el empuje de los desempleados habían mermado tanto al cabo de años de ociosidad forzosa, que la perspectiva de volver a trabajar les resultaba aterradora» (1942, pág. 49) (sobre esta cuestión véase también Solow, 1995). Estudios recientes indican que estas repercusiones sobre la motivación pueden alcanzar gran importancia en el caso particular de las mujeres jóvenes (véase Goldsmith, Veum y Darity, 1996a, 1996b).

Esta cuestión general repercute también en la composición y variación de lo que se considera «población activa». Un desempleo prolongado puede significar que para las personas en edad laboral se torne borrosa la frontera entre «formar parte de la población activa pero estar sin trabajo» y «no formar parte de la población activa». La nitidez con que se distingan esas situaciones (y las posibles transiciones de la primera a la segunda) puede ser importante para el futuro de la economía y para el destino de las personas afectadas<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Sobre esto véanse los estudios — y las polémicas — de Clark y Summers (1979), Heckman y Borjas (1980), Flinn y Heckman (1982 y 1983) y Goldsmith, Veum y Darity (1996a y 1996b).

7. *Ruptura de relaciones humanas y quebranto de la vida familiar.* El desempleo puede causar estragos en las relaciones sociales (véanse, por ejemplo, Jahoda, Lazarsfeld y Zeisel, 1933, y Hill, 1977). También puede debilitar la armonía y la cohesión en el seno de la familia. Hasta cierto punto, estas consecuencias emanan de la pérdida de confianza en uno mismo (unida a la reducción de los medios económicos), pero la pérdida de una vida de trabajo organizada puede constituir en sí misma una grave privación. Además, este tipo de ruptura puede acarrear una crisis de identidad (véase, por ejemplo, Erikson, 1968).

8. *Desigualdad racial y entre hombres y mujeres.* El desempleo también puede tener una importante influencia causal en el aumento de las tensiones étnicas y de las divisiones entre hombres y mujeres. Cuando los puestos de trabajo escasean, las colectividades más afectadas suelen ser las minorías, y especialmente algunos sectores de las comunidades de inmigrantes, lo que dificulta la integración de los inmigrantes legales en la vida normal de la sociedad. Además, dado que a menudo se considera que los inmigrantes son personas que compiten por el empleo (o que «se llevan» los empleos de otros), el desempleo alimenta la intolerancia y el racismo. Esta cuestión ha ocupado un lugar destacado en las campañas electorales recientes de algunos países europeos.

Las divisiones entre hombres y mujeres también se endurecen en épocas de desempleo generalizado, y es frecuente que entonces la entrada de la mujer en la vida laboral se vea particularmente obstaculizada. Asimismo, y como antes apuntábamos, se ha observado que los efectos desalentadores del desempleo juvenil revisten especial gravedad para las mujeres jóvenes, cuyo reingreso en el mercado de trabajo tras un período largo de inactividad puede verse muy amenazado por experiencias negativas anteriores.

9. *Pérdida de valores sociales y de responsabilidad.* También hay constancia de que el desempleo en gran escala tiende a debilitar algunos valores sociales. Los afectados por una falta de trabajo persistente pueden caer en una actitud de escepticismo respecto a la justicia de las instituciones sociales y acostumbrarse a depender de los demás, con efectos perniciosos para el sentido de la responsabilidad y la confianza en uno mismo. En cuanto a la relación que se observa entre la delincuencia y el desempleo juvenil, es obvio que en ella tienen un papel importante las privaciones materiales de los desempleados, pero en parte responde también a influencias psicológicas, como son el sentirse excluido y el resentimiento contra un mundo que no ofrece la oportunidad de ganarse la vida honradamente. En general, la cohesión social tropieza con serias dificultades cuando la sociedad aparece netamente dividida entre una mayoría de personas que disponen de un empleo cómodo y una minoría – a menudo una gran minoría – de seres humanos desempleados y «rechazados».

10. *Inflexibilidad organizativa y freno a la innovación técnica.* En publicaciones recientes se ha investigado y analizado la posibilidad de que la natu-

raleza y la forma del cambio tecnológico hayan contribuido grandemente al desempleo y a su persistencia en Europa (véase, por ejemplo, Pasinetti, 1993). Sin duda es importante estudiar las consecuencias de la tecnología sobre el desempleo, pero también existe una conexión de sentido contrario: la influencia del desempleo en la utilización deficiente de la tecnología avanzada. En un clima de desempleo generalizado, cuando abandonar la ocupación actual puede conducir a un largo período de inactividad, puede ocurrir que cualquier reorganización económica que implique pérdida de puestos de trabajo suscite fuertes resistencias. Por el contrario, si el nivel general de desempleo es muy bajo y los trabajadores expulsados pueden estar seguros de volver a colocarse fácilmente, es menos probable que la reorganización encuentre resistencia.

Cabe sostener que la economía de los Estados Unidos se ha beneficiado de su nivel relativamente alto de empleo, que ha hecho que su reorganización y racionalización fueran más fáciles que en Europa. Aunque en general los trabajadores de una empresa pueden tener buenos motivos para no querer cambiar de empleo, el castigo que supone perder el puesto de trabajo es mucho mayor cuando la alternativa es sólo la inactividad, tal vez por mucho tiempo. De ahí que el desempleo contribuya al estancamiento tecnológico a través de la inflexibilidad organizativa, con el consiguiente perjuicio para la eficiencia económica y la competitividad internacional. Lo mismo se puede decir de otros tipos de cambios organizativos, por ejemplo, elevar la edad de jubilación por haberse prolongado la vida en buenas condiciones de salud, ya que todo cambio de ese género se percibe como muy amenazador en las economías que padecen niveles altos de desempleo. Sobre esta interdependencia volveremos más adelante, al hablar de la estrategia de actuación pública.

## Diagnóstico y líneas de acción

Los elevados niveles de desempleo que han venido a ser habituales en Europa acarrear grandes desventajas para la sociedad: reducen la calidad de vida de toda la población y son especialmente penosos para la minoría – la gran minoría – de familias que se ven afectadas por el desempleo persistente y los extensos daños que produce.

Este triste estado de cosas requiere reflexión en lo económico, a la vez que responsabilidad y firmeza en lo político. En el aspecto económico es necesario considerar la política de empleo en relación con diferentes objetivos, como pueden ser la gestión de la demanda y las consideraciones macroeconómicas, pero también hay que ir mucho más allá. La economía de mercado señala costos y beneficios de diferentes clases, pero no refleja adecuadamente todos los perjuicios del desempleo, que, como acabamos de ver, surgen de distintas procedencias. Por consiguiente, la política oficial debe tener en cuenta esas cargas del desempleo que no se reflejan adecuadamente en los precios de mercado. Hay razones para considerar la conveniencia de establecer alicientes de diversos tipos que estimulen la contratación de trabajadores, como han investigado recientemente Phelps (1994a, 1994b, 1997), Fitoussi

(1994), Fitoussi y Rosanvallon (1996), Lindbeck (1994) y Snower (1994), entre otros. El desempleo también requiere examinar la posible eficacia de una estrategia decidida de los poderes públicos, que no aspire sólo a ajustar los precios efectivos, sino también a crear más oportunidades de capacitación y formación profesional, a investigar más a fondo en las tecnologías que favorecen el empleo de mano de obra, y a efectuar reformas institucionales que hagan más flexible y abierto el mercado laboral.

## Envejecimiento de la población y aumento del índice de dependencia

Un planteamiento compartimentado de los problemas del trabajo, la retribución y la seguridad puede separar artificialmente los asuntos sociales. Cabe citar como ejemplo el controvertido problema del aumento del número de personas ancianas en Europa, América del Norte y gran parte del mundo. Se considera a menudo que esto impone una carga cada día más insostenible sobre la población joven, que tiene que sostener a los viejos. Pero la prolongación de la vida también suele significar más años de capacidad y aptitud para el trabajo, sobre todo en los empleos que requieren menos esfuerzo físico. Por consiguiente, una manera de afrontar el problema del envejecimiento sería elevar la edad de jubilación, lo que contribuiría a aminorar el incremento del índice de población dependiente (proporción entre personas dependientes y personas que trabajan). Sin embargo, se piensa que los jóvenes tendrían entonces más dificultades para encontrar empleo. Así pues, el problema del empleo está también íntimamente unido al de la composición de la población por edades.

Por una parte, la disminución de la tasa de desempleo reduciría de inmediato el índice de dependencia si éste se calcula como proporción entre personas dependientes y personas *que trabajan* (y no sólo *que están en edad de trabajar*). Pero, lo que es más importante, el aumento de las oportunidades de empleo puede absorber no sólo a los jóvenes desempleados sino también a las personas que están en condiciones de trabajar pero se han visto obligadas a jubilarse prematuramente.

Estos problemas están, pues, entrelazados, y sus interrelaciones no nacen sólo de las oportunidades reales de empleo, sino también de la psicología social. Cuando el desempleo es un riesgo constante que preocupa a muchos, toda propuesta de elevar la edad de jubilación parecerá amenazadora y regresiva. Sin embargo, ya que no hay ninguna razón básica que impida, habiendo tiempo y flexibilidad, que las oportunidades de empleo se ajusten al tamaño de una fuerza de trabajo mayor (por aumento de la edad de jubilación), ese obstáculo no debería ser inamovible. No tendemos a suponer que un país de gran población deba tener más desempleo por ser mayor el número de personas que buscan trabajo. Si se posibilita el ajuste, el trabajo disponible puede amoldarse al tamaño de la población laboral. El desempleo brota de los obstáculos a ese ajuste, y no debe acabar «vetando» la posibilidad de elevar la edad de jubilación y, con ello, incrementar el número de trabajadores.

En Europa, el problema estructural a largo plazo del envejecimiento de la población ha quedado en gran medida preso de la actual situación de fuerte desempleo. No es sorprendente que en los Estados Unidos haya resultado poco difícil elevar, e incluso suprimir, la edad de jubilación obligatoria, puesto que los niveles de desempleo son allí mucho más bajos que en Europa. Eso por sí solo no elimina todos los problemas que plantea el envejecimiento de la población (en especial el mayor costo de la asistencia médica a las personas ancianas), pero retrasar la jubilación puede coadyuvar grandemente a reducir la carga de la población dependiente. Cuando se consideran los distintos efectos del desempleo, se ve que impone un tributo muy alto.

Es importante tomar nota de lo costoso que resulta el desempleo – por todas las causas mencionadas – para buscar soluciones económicas idóneas a tan extenso problema, ya que si no se valoran muchos de sus efectos de largo alcance es fácil subestimar la magnitud de los daños que produce.

## Europa, Estados Unidos y las condiciones de la autosuficiencia

Ante la gravedad que hoy en día reviste el problema del desempleo en Europa y sus múltiples consecuencias, parece de todo punto necesario adoptar un compromiso político para abordarlo. Es sin duda un tema en el que la Unión Europea puede aunar voluntades. En Europa se ha discutido mucho durante los últimos tiempos acerca de la necesidad de reducir de forma coordinada los déficit presupuestarios y el endeudamiento. El Tratado de Maastricht fija un límite al déficit en porcentaje del producto nacional bruto (PNB), y sienta una norma algo menos estricta en lo que respecta al volumen de deuda pública en porcentaje del PNB. Es fácil apreciar la relación que existe entre esas condiciones y el propósito declarado de establecer una moneda única europea.

No hay acuerdo ni plazo oficial que exija una reducción general del desempleo en Europa, pero su urgencia social es innegable. Los diferentes tributos que impone el desempleo pesan mucho sobre la vida social y personal a lo largo y a lo ancho del continente. Considerando la magnitud del problema en casi todos los países de la Unión Europea, lo razonable tal vez fuera que sellaran un compromiso conjunto que superara los límites nacionales. Por otra parte, la libertad de circulación de las personas que existe entre los países miembros exige obviamente alguna coordinación de las políticas de empleo. Pero el hecho es que aún no existe un compromiso expreso de reducir el desempleo que sea equiparable a la directriz de reducir los déficit presupuestarios; y tampoco el precio que hay que pagar por el desempleo ha sido objeto del suficiente debate público. La función del diálogo público para establecer consensos éticos y políticos, en especial por lo que se refiere a las privaciones, puede ser vital (véase a este respecto Atkinson, 1996, y la obra de próxima publicación).

Es interesante contrastar los asuntos públicos que se consideran prioritarios en Europa y en los Estados Unidos. Por un lado, la política estatal

estadounidense apenas se ocupa de proporcionar una atención sanitaria básica para todos, y, al parecer, son más de 30 millones de personas quienes se encuentran sin ningún tipo de seguro de enfermedad o cobertura médica en ese país. A mi juicio, semejante situación sería políticamente intolerable en Europa. Las condiciones que limitan la ayuda estatal a los pobres y a los enfermos son tan estrictas que en Europa resultarían inaceptables. Por otra parte, en los Estados Unidos una tasa de desempleo de dos cifras sería dinamita política. Yo creo que ningún gobierno norteamericano podría salir indemne de una duplicación del nivel actual de desempleo, que por cierto aún mantendría esa tasa por debajo de la que ahora registran Italia, Francia o Alemania. Los cometidos políticos asignados a los gobernantes son muy distintos.

El contraste puede deberse en cierta medida a que la capacidad de valerse por uno mismo se valora mucho más en los Estados Unidos que en Europa. Ese valor no se traduce en atención médica o seguridad social para todos los norteamericanos; su esfera de aplicación es diferente. La tendencia a soslayar la pobreza y la privación cuando se trazan los programas de acción pública es muy fuerte en la cultura norteamericana de la autosuficiencia. En cambio, la falta de oportunidades de trabajo afecta de raíz a la posibilidad de valerse por uno mismo, y en los Estados Unidos el consenso público a este respecto es mucho mayor. Por consiguiente, la cultura norteamericana de la autosuficiencia hace que se dé mucha más importancia a luchar contra el desempleo que a dotar a todos los ciudadanos de cobertura médica o prevenir que caigan en la indigencia.

En estos momentos merece la pena examinar ese contraste. Europa se está convenciendo cada vez más de la necesidad de confiar en el propio esfuerzo de los ciudadanos, en vez de que sea el Estado el que resuelva los problemas. Aunque en ese cambio de actitud se podría pecar por exceso (sería verdaderamente triste que la civilización europea perdiera las garantías básicas del Estado benefactor contra la indigencia o la falta de asistencia médica), es importante, necesario y urgente replantearse fundamentalmente esas cuestiones. La Europa de los próximos años tenderá a subrayar más la necesidad de que cada cual se valga por sí mismo.

Entre las condiciones que se requieren para lograr esa mayor autosuficiencia, ninguna puede ser más importante que hacer descender el desempleo europeo de sus altísimos niveles. Es evidente que ese desempleo supone para el Estado una pesada carga de transferencias. Por otra parte, la perspectiva de verse sin trabajo no es propicia a que la persona se forje unos principios basados en su propia autonomía, y menos en el caso de los jóvenes. Si al terminar sus estudios los jóvenes no encuentran trabajo y caen inmediatamente en la necesidad de recibir ayuda del Estado, no se les alentará a querer ser autosuficientes.

Yo diría, incluso, que hay algo de esquizofrenia política en pretender que las personas dependan en mayor grado de sí mismas y, al mismo tiempo, sostener que los niveles actuales de desempleo en Europa son «lamentables pero tolerables». Cuando a determinados sectores de trabajadores les resulta

prácticamente imposible encontrar trabajo, recomendar la autosuficiencia puede ser a la vez inútil y cruel. Para valerse por sí mismo, cada cual necesita trabar relaciones económicas y sociales con otros, como ya señaló Adam Smith hace más de dos siglos (Smith, 1776). El empleo remunerado figura entre las formas más sencillas de sustraerse a la dependencia.

En lo que se refiere a los valores públicos y las virtudes privadas, Europa, al igual que el resto del mundo, se encuentra actualmente en una verdadera encrucijada. El antiguo valor de la solidaridad con quienes se encuentran en circunstancias adversas se está debilitando muy deprisa – tal vez demasiado deprisa – frente a la relevancia concedida al propio esfuerzo<sup>4</sup>. Sin embargo, no se aprecian debidamente las condiciones políticas y económicas que debe reunir una sociedad para que sus miembros se valgan por sí mismos. La oportunidad de trabajar constituye un eslabón fundamental en esa cadena.

No pretendo decir, por otra parte, que la ética social norteamericana esté libre de deficiencias; lejos de ello. Los Estados Unidos deben reconocer que la filosofía del propio esfuerzo tiene serios límites, y que al apoyo de la colectividad le corresponde una función importante, sobre todo en la provisión de asistencia médica y redes de seguridad. A menudo se señala que algunos empleos norteamericanos están mal pagados, y desde luego esa situación se podría mejorar<sup>5</sup>. No obstante, cabe afirmar que un defecto quizá aún más importante que la baja remuneración es la desidia norteamericana en lo tocante a garantizar la asistencia sanitaria para todos, ricos y pobres, así como a dispensar una mejor educación pública y consolidar las bases para una vida comunitaria en paz.

Esas negligencias figuran entre los factores responsables de los elevados niveles de mortalidad que se registran en las colectividades relegadas de los Estados Unidos. Por ejemplo, los afroamericanos – es decir, los negros norteamericanos – tienen menos probabilidad de llegar a una edad avanzada que los habitantes de China, de Sri Lanka o del estado indio de Kerala (véase Sen, 1993). Si se piensa que esas gentes del tercer mundo son mucho más pobres que la población de los Estados Unidos (y también más pobres que la población norteamericana de color, que en cuanto a ingreso por habitante es veinte veces más rica que, por ejemplo, los indios de Kerala), la desventaja de los afroamericanos en lo que se refiere a longevidad resulta especialmente inquietante.

A este respecto cabe decir que los negros norteamericanos tienen una tasa de mortalidad mucho más elevada que sus conciudadanos blancos, dato que se comprueba estadísticamente incluso después de introducir las correcciones pertinentes por la desigualdad de sus ingresos. Las diferencias de mortalidad no son sólo achacables a las muertes violentas, que es el estereotipo

---

<sup>4</sup> Véase en Atkinson, 1997, una crítica razonada de las propuestas de «desmantelar» el Estado benefactor; véanse también cuestiones conexas en Van Parijs, 1995.

<sup>5</sup> Fitoussi y Rosanvallon (1996) y Phelps (1997) han examinado en especial la necesidad de potenciar simultáneamente el empleo y las remuneraciones.

que los medios de comunicación presentan a menudo para explicar la baja longevidad de los afroamericanos. De hecho, las muertes violentas sólo constituyen un factor importante para los hombres jóvenes negros, y también explican sólo en parte la elevada mortalidad registrada en ese grupo. Lo cierto es que la desproporcionada mortalidad de los negros norteamericanos también afecta agudamente a las mujeres y a los hombres de más edad (mayores de 35 años) <sup>6</sup>.

## Conclusión

El hecho de que los Estados Unidos tengan cadáveres en el armario no es motivo suficiente para que los europeos se entreguen a la autocomplacencia, ni es razón para despreciar las importantes enseñanzas que cabe extraer de la ética social norteamericana en lo que se refiere a su mayor respeto por el empleo y las consecuencias que de ello se derivan para la acción pública. Europa debe tomar mejor conciencia de lo que realmente implican los principios del esfuerzo personal, hacia los que se siente cada vez más atraída sin darse cuenta de las condiciones sociales que se requieren para ello. Ciertamente, una sociedad que haga posible la autosuficiencia, la autonomía individual, no puede fundarse en la admisión de niveles altísimos de desempleo. El tributo que hay que pagar por el desempleo no consiste sólo en pérdida de ingresos, sino también en efectos de largo alcance sobre la confianza en uno mismo, la motivación para el trabajo, las aptitudes básicas, la integración social, la armonía racial, la justicia entre los sexos y la apreciación y utilización de la libertad y la responsabilidad individuales.

La gran cuestión que debemos plantearnos es la de si es posible combinar lo mejor de cada enfoque. Por ejemplo, las experiencias europeas en el campo de la asistencia sanitaria contienen aspectos positivos que los Estados Unidos podrían aprovechar (como también, al parecer, la Rusia actual posterior a la reforma). A la inversa, el respeto de la libertad individual y la flexibilidad que es inherente a la actitud positiva de los norteamericanos frente al empleo sería muy provechoso para Europa. Se comprende que los dirigentes europeos se vean cada vez más atraídos por la filosofía del propio esfuerzo, porque encierra muchas virtudes y puede resultar muy eficaz si se inserta en un entorno social que lo haga posible. Pero, para que arraigue en la sociedad, hay que prestarle atención y poner los medios políticos oportunos. El fomento del empleo debe pasar a la primera fila de objetivos. Es asombroso que la Europa de nuestros días tolere tal cantidad de desempleo con tanta tranquilidad.

---

<sup>6</sup> Véanse sobre esto Sen, 1993, y la bibliografía médica que ahí se cita.

## Bibliografía citada

- Atkinson, Anthony B. De próxima publicación. *The economic consequences of rolling back the welfare state*. Cambridge (Massachusetts), MIT Press.
- . 1996. «Promise and performance: Why we need an official poverty report», en P. Barker (director): *Living as equals*. Oxford, Oxford University Press.
- . 1983. *Social justice and public policy*. Brighton, Wheatsheaf, y Cambridge (Massachusetts), MIT Press.
- . 1970. «On the measurement of inequality», *Journal of Economic Theory* (San Diego, California), vol. 2; reimpresso en Atkinson, 1983.
- Bakke, E. Wight. 1940a. *Citizens without work: A study of the effects of unemployment upon the workers' social relations and practices*. New Haven (Connecticut), Yale University Press.
- . 1940b. *The unemployed worker: A study of the task of making a living without a job*. New Haven (Connecticut), Yale University Press.
- Boor, M. 1980. «Relationship between unemployment rates and suicide rates in eight countries, 1962-1979», *Psychological Reports* (Missoula, Montana), vol. 47, págs. 1095-1101.
- Brehm, J. 1966. *A theory of psychological reactance*. Nueva York, Academic Press.
- Clark, Kim B., y Summers, Lawrence H. 1979. «Labor market dynamics and unemployment: A reconsideration», *Brookings Papers on Economic Activity* (Washington), núm. 1, págs. 13-72.
- Corcoran, Mary. 1982. «The employment and wage consequences of teenage women's nonemployment», en Freeman y Wise (directores), págs. 391-423.
- Darity, William, Jr., y Goldsmith, Arthur H. 1993. «Unemployment, social psychology, and unemployment hysteresis», *Journal of Post Keynesian Economics* (Armonk, Nueva York), vol. 16, núm. 1, págs. 55-71.
- Dewey, John, y Tufts, J. H. 1932. *Ethics*. Nueva York, Holt.
- Drèze, Jean, y Sen, Amartya. 1989. *Hunger and public action*. Oxford, Clarendon Press.
- Eisenberg, P., y Lazarsfeld, Paul F. 1938. «The psychological effects of unemployment», *Psychological Bulletin* (Washington), vol. 35, págs. 358-390.
- Ellwood, D. T. 1982. «Teenage unemployment: Permanent scars or temporary blemishes?», en Freeman y Wise (directores), págs. 349-385.
- Erikson, E. H. 1968. *Identity: Youth and crisis*. Londres, Faber & Faber. Traducción al español: *Identidad: juventud y crisis* (Madrid, Taurus, 1980).
- Fitoussi, Jean-Paul. 1994. «Wage distribution and unemployment: The French experience», *American Economic Review* (Papers and Proceedings) (Nashville, Tennessee), vol. 84, núm. 2 (mayo), págs. 59-64.
- , y Rosanvallon, R. 1996. *Le Nouvel âge des inégalités*. París, Seuil.
- Flinn, Christopher J., y Heckman, James. 1983. «Are unemployment and out of the labor force behaviorally distinct labor force states?», *Journal of Labor Economics* (Chicago), vol. 1, núm. 1 (enero), págs. 28-42.
- , y —. 1982. «Models for the analysis of labor force dynamics», en R. L. Basman y George F. Rhodes, Jr. (directores): *Advances in econometrics: A research annual*. Greenwich (Connecticut) y Londres, JAI Press, págs. 35-95.
- Freeman, Richard B., y Wise, David A. (directores). 1982. *The youth labor market problem: Its nature, causes, and consequences*. Chicago, University of Chicago Press.
- Ginzberg, Eli. 1942. *Grass on the slag heaps*. Nueva York, Harper.
- Goldsmith, Arthur H.; Veum, Jonathan R., y Darity, William, Jr. 1996a. «The impact of labor force history on self-esteem and its component parts, anxiety, alienation and depression», *Journal of Economic Psychology* (Amsterdam), vol. 17, págs. 183-220.
- ; —, y —. 1996b. «The psychological impact of unemployment and joblessness», *Journal of Socio-Economics* (Greenwich, Connecticut), vol. 25, págs. 333-358.
- Gordon, Robert J. 1984. «Unemployment and potential output in the 1980s», *Brookings Papers on Economic Activity* (Washington), núm. 2, págs. 537-564.
- Gurney, Ross M. 1980. «Does unemployment affect the self-esteem of school-leavers?», *Australian Journal of Psychology*, vol. 32, núm. 3, págs. 175-182.

- Harrison, Richard. 1976. «The demoralizing experience of prolonged unemployment», *Department of Employment Gazette* (Londres), vol. 84, núm. 4 (abril), págs. 339-348.
- Heckman, James J., y Borjas, George J. 1980. «Does unemployment cause future unemployment? Definitions, questions and answers from a continuous time model of heterogeneity and state dependence», *Economica* (Oxford), vol. 47, núm. 187 (agosto), págs. 247-283.
- Hill, J. M. M. 1977. *The social and psychological impact of unemployment: A pilot study*. Londres, Tavistock.
- Jahoda, Marie; Lazarsfeld, Paul F., y Zeisel, Hans. 1933. *Die Arbeitslosen von Marienthal*. Viena.
- Kolm, Serge Ch. 1969. «The optimum production of social justice», en J. Margolis y H. Guitton (directores): *Public economics*. Londres, Macmillan, págs. 145-200.
- Lefcourt, Herbert M. 1967. «Effects of cue explication upon persons maintaining external control expectancies», *Journal of Personality and Social Psychology* (Washington), vol. 5, núm. 3, págs. 372-378.
- ; Gronnerud, Paul, y McDonald, Peter. 1973. «Cognitive activity and hypothesis formation during a double entendre word association test as a function of locus of control and field dependence», *Canadian Journal of Behavioural Science* (Quebec), vol. 5, núm. 2, págs. 161-173.
- Lindbeck, Assar. 1994. «The welfare state and the employment problem», *American Economic Review* (Papers and Proceedings) (Nashville, Tennessee), vol. 84, núm. 2 (mayo), págs. 71-75.
- Marx, Karl. 1875. *Critique of the Gotha Program*. Traducción al inglés. Nueva York, International Publishers, 1938. Traducción al español: *Crítica del Programa del Gotha* (Barcelona, Materiales, 1978).
- . 1844. *The economic and philosophic manuscript of 1844*. Traducción al inglés. Londres, Lawrence and Wishart.
- Marx, Karl (con F. Engels). 1845-1846. *The German ideology*. Traducción al inglés. Nueva York, International Publishers, 1947. Traducción al español: *La ideología alemana* (Valencia, Universidad de Valencia, 1991).
- OCDE. 1996. *Income distribution in OECD countries*. Social Policy Studies, núm. 18. Estudio preparado por Anthony B. Atkinson, Lee Rainwater y Timothy Smeeding. París.
- Okun, Arthur M. 1962. «Potential GNP: Its measurement and significance», en American Statistical Association: *Proceedings of the Business and Economic Statistics Section*, Washington, ASA, págs. 98-103; reimpresso en Arthur M. Okun: *Economics for policymaking*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press, 1983.
- Pasinetti, Luigi L. 1993. *Structural economic dynamics: A theory of the economic consequences of human learning*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Phelps, Edmund S. 1997. *Rewarding work*. Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- . 1994a. *Structural slumps: The modern equilibrium theory of unemployment, interest, and assets*. Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- . 1994b. «Low-wage employment subsidies versus the welfare state», *American Economic Review* (Papers and Proceedings) (Nashville, Tennessee), vol. 84, núm. 2 (mayo), págs. 54-58.
- Platt, S. 1984. «Unemployment and suicidal behavior: A review of the literature», *Social Science and Medicine* (Tarrytown, Nueva York), vol. 19, págs. 93-115.
- Schokkaert, E., y Van Ootegem, L. 1990. «Sen's concept of the living standard applied to the Belgian unemployed», *Recherches Economiques de Louvain* (Lovaina), vol. 56.
- Seligman, M. E. P. 1975. *Helplessness: On depression, development and death*. San Francisco, W. H. Freeman.
- Sen, Amartya. 1997a. *On economic inequality*. Edición ampliada. Oxford, Clarendon Press, con un anexo de James Foster y Amartya Sen.
- . 1997b. *The penalties of unemployment*. Documento preparado para el Banco de Italia. Mimeografiado.
- . 1995. «Rationality and social choice», *American Economic Review* (Nashville, Tennessee), vol. 85, núm. 1 (marzo), págs. 1-24.
- . 1993. «The economics of life and death», *Scientific American* (Nueva York), mayo.

- . 1992. *Inequality re-examined*. Oxford, Clarendon Press, y Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press. Traducción al español: *Nuevo examen de la desigualdad* (Madrid, Alianza, 1995).
- . 1980. «Equality of what?», en S. McMurrin (director): *Tanner Lectures on human values*, vol. I. Cambridge, Cambridge University Press.
- . 1975. *Employment, technology and development*. Oxford, Clarendon Press.
- . 1973. *On economic inequality*. Oxford, Clarendon Press. Traducción al español: *Sobre la desigualdad económica* (Barcelona, Crítica, 1979).
- Smith, Adam. 1776. *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*. Reimpresión, Oxford, Clarendon Press, 1976. Traducción al español: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (Barcelona, Oikos-Tau, 1988).
- Smith, R. 1987. *Unemployment and health*. Oxford, Oxford University Press.
- Snowder, Dennis. 1994. «Converting unemployment benefits into employment subsidies», *American Economic Review* (Papers and Proceedings) (Nashville, Tennessee), vol. 84, núm. 2 (mayo), págs. 65-70.
- Solow, Robert M. 1995. «Mass unemployment as a social problem», en K. Basu, P. Pattanaik y K. Suzumura (directores): *Choice, welfare, and development: A Festschrift in honour of Amartya K. Sen*. Oxford, Clarendon Press, págs. 313-322.
- Tiggemann, Marika, y Winefield, A. H. 1984. «The effects of unemployment on the mood, self-esteem, locus of control, and depressive affect of school-leavers», *Journal of Occupational Psychology* (Leicester), vol. 57, núm. 1, págs. 33-42.
- Van Parijs, P. 1995. *Real freedom for all: What (if anything) can justify capitalism?* Oxford, Clarendon Press.
- Warr, Peter. 1987. *Work, unemployment, and mental health*. Oxford, Clarendon Press.
- Winefield, A. H.; Tiggemann, Marika, y Goldney, R. D. 1988. «Psychological concomitants of satisfactory employment and unemployment in young people», *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology* (Berlín), vol. 23, págs. 149-157.